

El Jotabeche que no conocimos

Una de las facetas más curiosa, prácticamente desconocida y que no se consigna en las biografías ni en las obras del célebre escritor costumbrista copiapino Joaquín Vallejo Borcoski (Jotabeche), creador y precursor de la literatura genuinamente nacional, fueron sus cartas conteniendo "consejos para sus hijos", de carácter íntimo y familiar, escritas con sincero cariño paternal y con el dolor de la ausencia, durante su permanencia en el extranjero. En ellas se refleja al hombre interior; el padre, el esposo y el cristiano, muy diferente a los escritos humorísticos y satíricos, cualidades que le dieron renombre en las letras universales.

Jotabeche se casó en 1850 con su sobrina Zoila Vallejo, hija de su hermano Ramón, y de ella tuvo cuatro hijos; Teresa, Manuel, Zoila y Joaquín, la primera desaparecida prematuramente.

De entre sus cartas inéditas, que casualmente hemos encontrado en viejos papeles bibliográficos, hemos seleccionado una de hondo contenido,

escrita durante su permanencia en Mendoza, a donde en sus últimos años de vida en busca de alivio para su cruel enfermedad, que en 1858 lo llevaría a la tumba, dice así:

"Vivid amando al Señor Dios. Invocad su santo nombre todos los días, pidiéndole que os guíe en vuestro camino. Rezad el Padre Nuestro todas las mañanas, meditando bien cada una de sus peticiones".

"No aborrecáis a nadie. Dios lo prohíbe; y además el odio es una enfermedad que incomoda más que cualquier otra. Por nuestra propia conveniencia no debemos guardar rencor a nadie".

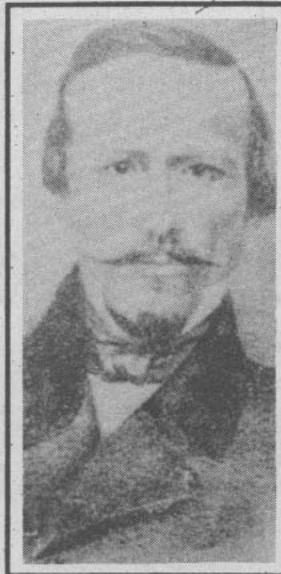
"Cuando se aborrece, el corazón gruñe de dolor; cuando se perdona, el corazón llora de ternura. En el momento en que perdonáis a vuestros enemigos, besa vuestras frentes un ángel del Señor. Ese ángel, que es uno de los más lindos que hay es el cielo, está muy triste a vuestro lado, mientras tú piensas en vengarte. Si te vengas, vuela al cielo y resuena una carcajada en coro de los demonios, burlándose de tu miseria.

No te vengues jamás.

"Debéis amaros siempre y ser verdaderos hermanos. Si alguno de vosotros, por desgracia, se extravía, olvidando sus deberes, no deben abandonarle los otros, sino que han de hacer todo empeño para ocultar sus flaquezas y para atraerle el buen camino.

"Bañaos con frecuencia. Tened siempre mucho aseo en vuestras personas y habitaciones. Un cuarto bien arreglado es la mejor idea que podemos ofrecer de buen carácter. Conservad flores en vuestras habitaciones, sacándolas fuera para dormir. El cuarto de un niño debe tener siempre flores.

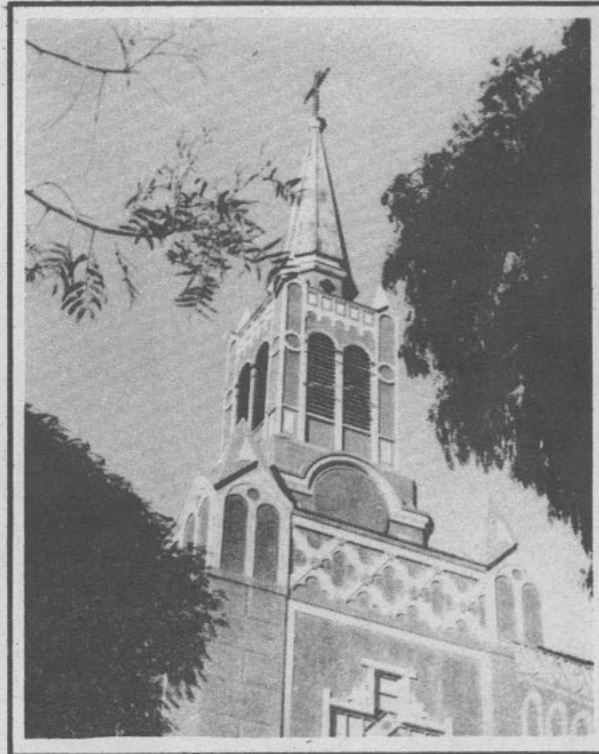
"No os burléis nunca de los pobres ni de los ancianos, porque los ángeles y el mismo Dios suelen disfrazarse con los andrajos de la miseria o con las canas de la senectud para andar entre los hombres. No sea que al burlaros del pobre o del viejo, sea un ángel o el mismo Dios el objeto de vuestras burlas. Respetad mucho a la mujer, cualquiera que sea su edad y su clase. La persona y la honra de la mujer son sagradas para todo



José Joaquín Vallejo, el renombrado "Jotabeche", fogoso escritor costumbrista y precursor de la literatura genuinamente nacional, quien dio extraordinario lustre a las letras copiapinas y chilenas.

hombre de bien. Si alguna mujer o hace mal y os injuria, no vayáis jamás a castigarla o a contestarle. Seguid adelante en silencio, sin hacerle caso. Una buena mujer es un ángel y una mala mujer es una loca".

Pero lo que añade mayor encanto a la lectura de estos apuntes íntimos de Jotabeche, es el contraste entre la profundi-



La vetusta Iglesia de San Francisco, ubicada en el costado norte de la Alameda Matta, fue una de las primeras construidas en Copiapó, en el siglo 17, habiendo resistido varios cataclismos desde entonces.

dad y ternura de sus sentimientos y la jovialidad picaresca de su simpático carácter. Al lado de un párrafo, todo devoción y amor filial, escribe observaciones como ésta: "Aquí en Argentina, no hacen charqui. ¡Qué brutos!...".

Vallejo dejó numerosas

obras inéditas, pues era muy severo para juzgar sus propias producciones y no publicaba todo lo que escribía. Por desgracia, su familia, después de su muerte en 1858, quemó la mayor parte de sus escritos, temerosa del terrible contagio de la tisis. (J.N.L.)